

EL VERANO IRRESPIRABLE

MARION
BRUNET



CROSS
BOOKS

EL VERANO IRRESPIRABLE

MARION BRUNET

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *L'été circulaire*
© del texto: Éditions Albin Michel, 2018
© de la traducción: Ana Navalón, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-08-23291-9
Depósito legal: B. 13.197-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fulana

En su casa, se acuerda Johanna, una mano en el culo era algo gracioso, una forma de apreciar algo, de decir «tienes futuro»: a medio camino entre una caricia y la palmada que se le da a una yegua en la grupa. Las chicas tenían algunas bazas, como en el tarot, y se podría haber creído que, si jugaban las cartas justas en el momento adecuado, había un modo de ganar la partida. Pero ninguna de ellas, ni Jo ni su hermana Céline, salieron nunca vencedoras. La partida había terminado antes de empezar, con baza o con cebo, ellas podían hacerse a la idea de que era un juego, dado que no habían sido quienes habían escrito las reglas.

Esta noche, la mano no se posa en el culo de Céline, sino en su garganta. El padre está fuera de sí, medio ahogado. De normal tiene un vocabulario bastante pobre, pero en este momento es peor. Su enorme manaza de albañil hace que a su hija se le gire la cabeza; ella se desploma en el suelo de la cocina, como un montón de ropa mojada. Emite un ruido extraño, como si se hubiera roto en pedacitos.

—¿Quién es?

Céline es incapaz de responder, aunque había decidido hablar. Intenta recuperar el aliento. El pelo le cae por la cara

como una cortina, no se le ven ni los ojos ni la boca. Jo querría ayudarla, pero siente que sus pies están anclados al suelo, como la cama de una prisión.

La cocina huele a detergente y a lavanda —fragancia de publicidad del sur de Francia—, a cigalas y compañía.

—¿Quién ha sido el malnacido que te ha hecho eso? ¿Quién es el hijo de puta salido del coño de una perra que se ha atrevido a hacer eso?

La madre llena un vaso de agua, que se le cae de las manos y rueda por el fregadero de acero inoxidable. Susurra un «Para», pero sin mucha convicción. Además, nadie sabe a quién se dirige.

—¿Vas a responder o qué?

Y entonces el padre deja de gritar. Le empieza a temblar la barbilla, es una amenaza mucho peor; Jo aparta la mirada. La madre se pone de rodillas, con su vaso de agua en la mano, y le levanta el rostro a Céline con dulzura, aunque nunca fue real, todo hay que decirlo. Por un breve instante, uno podría preguntarse si le va a tirar el agua a la cara o la va a ayudar a beber. Céline se apoya en el suelo con una mano y con la otra se agarra a la muñeca de su madre. El agua se derrama, cae por la rodilla descubierta de la madre, que se enfada y, tras echarse para atrás, deja el vaso en el suelo y se levanta con dificultad: de repente es una mujer muy mayor, a pesar de que parezca que todavía tiene treinta años. Céline le suelta la muñeca, se queda apoyada en su propio codo. Se le ha hinchado la boca, la nariz parece torcida. El padre nunca le había pegado tan fuerte. Coge el vaso para beber, pero el agua se derrama por los lados, le cae por la barbilla y por la camiseta de manga corta, decorada con una calavera rosa rodeada de purpurina y también de sangre, que brota de su narina derecha formando burbujas. Miles de agujas se le clavan en el vientre.

El padre se ha cruzado de brazos, ha recuperado las fuerzas hasta en la postura y desafía a Céline con la mirada. Ella tiene los ojos llenos de lágrimas, las mejillas hundidas de tanto apretar los dientes.

—No va a decir nada —farfulla la madre—. Esta fulana no va a hablar.

Freed from desire

Cuando salieron de la casa, poco antes de que se hiciera de noche, estaban casi guapos. La madre, con su bronceado de zanahoria y la piel brillante por la crema, llevaba su cadena dorada con un colgante de delfín. Parecía muy joven, mordiendo el animal entre los incisivos, sonriendo sin darse cuenta. El padre olía a jabón y a loción para después del afeitado, respiraba con fuerza. Con un gesto alegre, se guardó el paquete de Marlboro en el bolsillo de la camisa —con el cuello ya mojado debido al sudor— y se encendió un cigarro en el atardecer. Sus ojos se detuvieron en la luz aún viva, violácea. Observaba las hileras de vides como si fueran suyas.

Céline, fiel a todos los principios de verano, exhibía su indecente belleza con ropa ajustada, sus vaqueros eran tan cortos que el pliegue de carne entre las nalgas y el muslo quedaba al descubierto y se ocultaba con cada paso. Pero a Jo le daba igual la ropa: ella iba a la feria, como todos los años, un tanto disgustada por encontrar en ello una cierta emoción a pesar de sí misma. Así que sus vaqueros con las rodillas sucias y su camiseta ancha de tirantes eran suficientes. Se apoyó en el hombro de su hermana como un alga suave.

—¿Por qué no vamos en coche?

Nadie le respondió. A lo lejos se oía la música, a diez minutos a pie como máximo.

Los cuatro caminaban junto a la carretera, era algo muy raro. Las niñas aceleraron para alejarse, como cuando eran pequeñas. Las hierbas secas se les metían por las sandalias y les molestaban en los dedos de los pies. Se ponían a la pata coja y se sujetaban en los hombros de la otra para quitárselas. Ya casi en la feria, al pasar cerca de la cruz de piedra, bajaron un poco el ritmo para que los otros no vieran, mientras se hacían las duras, que en realidad estaban impacientes.

El pueblo se había transformado: la feria, durante tres días, modificaba las calles, ofreciendo una alegría contagiosa y un olor a aceite caliente en la plaza principal, al lado de la iglesia. El padre y la madre fueron hacia el chiringuito, donde ya los esperaban los compañeros de este y sus mujeres. Se reían con fuerza, estaban contentos. Patrick intentaba hacer que su mujer bailara, mientras ella chillaba riéndose que no tenía ganas y que él ya estaba demasiado borracho. Parecían enamorados, ya casi no se notaba que una semana antes él le había partido la cara. Ella se movía en un vestido azulado, como una enorme mariposa. Las mujeres bebían vino rosado; los hombres, pastís. Se despidieron de las niñas, que no se detuvieron.

—Oye, a la mayor vas a tener que vigilarla —soltó la mujer de Patrick con una mueca en la que se percibía la envidia.

El padre sonrió con orgullo, siguiendo con la mirada el culo de Céline. Dieciséis años y promesas. Patrick carraspeó y pidió otra copa.

Se reunieron los mismos, como todos los años, grupos y familias que se ignoran o se funden en la fritanga y el caos de la animación. Una vez al año. Es cierto que también está San Juan y la merienda campestre del colegio, pero la feria del pueblo es la mejor. A Céline siempre le ha gustado, reina de

la fiesta, adulada por los chicos..., todos los grupos confundidos. Incluso cuando era más joven, había esquinas sombrías en las que dejarse caer contra el cuerpo de algún amiguete, jugar a no ir más allá, pero pararse justo en el borde. Ellos soñaban con sus dedos de uñas rosas sobre su pene erecto; ella se abrazaba con cariño a grandes peluches que habían ganado en el puesto de tiro esperando palabras de amor. Y si había que dejarse tocar los pechos con torpeza para obtener un pobre «Te quiero» vacilante y otros derivados sin imaginación, ella estaba dispuesta. Quería hacerlo, un poco. Jo montaba guardia.

Pero aquella noche su hermana era el único testigo de que Céline fingía. Abría la boca para reírse de las estupideces de Lucas, de las bromas vulgares de Enzo. Su pintalabios brillaba por las apariencias.

Las hermanas se acercaron a la Tarántula con los demás. Hacía diez años que había llegado la atracción, las góndolas de aluminio que parpadeaban con luces rojas y amarillas, las bombillas que enloquecían con *Freed from desire*. El vértigo, siempre, y los gritos mientras la estructura de metal se pone en marcha y levanta a los grupos de soldados voluntarios. Hasta a los viejos les divierte ver a la juventud subir tan arriba para hacer como que tienen miedo. Nunca nadie ha parecido considerar extraño que se suceda la misma danza, año tras año, como si el tiempo se hubiera parado en 1996, veinte años antes.

Céline y Jo se lo sabían de memoria. Habían perdido la cuenta de las veces que habían gritado allá arriba, cuando los asientos empezaban a girar lentamente sobre sí mismos antes de caer a una velocidad de locura y volver a subir igual de rápido. Pero siempre volvían, por la emoción.

Entonces, Lucas intentaba adelantarse a Enzo para subir con Céline.

Esta se pasó la mano por la nuca para echarse el pelo ha-

cia atrás y el tiempo se detuvo en los ojos de los chicos, desde que el cabello se levantó hasta que volvió a caer sobre la espalda con un golpe. Después volvieron a respirar, un poco menos orgullosos y mucho más valientes que unos segundos antes, también con una sonrisa un poco tonta. Pero a pesar del juego, a pesar de los demás, a pesar del placer de su máxima insistencia —que los obligaba a gritar o a pegar los labios a una oreja—, la euforia solo era fingida. Ya existía en ella aquello que simulaba ignorar: una consecuencia lógica, una lógica fría que quiere que la miseria no engendre más que miseria. Ella se volvía a mentir un poco, el tiempo que tardaba la atracción en dar otra vuelta, el tiempo de ver cómo los dos chicos se pegaban por tener el privilegio de cogerla de la cintura en plena marcha, por recoger sus gritos de miedo y su pelo enmarañado en las bajadas de la máquina, por esperar más. Sin embargo, entonces, con la cabeza levantada hacia la enorme araña de hierro y los pies sobre los escalones estriados en los que se reflejan los colores, ella se sintió mal. Era absurdo: no tenía miedo del vacío ni de la velocidad, siempre le habían gustado las atracciones. Una opresión un tanto pegajosa: ¿un presentimiento ancestral?

Céline se volvió hacia Enzo, lo eligió con una mirada para el primer viaje. Lucas estaba decepcionado, pero tendría otras oportunidades, se montaban unas diez veces por día durante la feria, la noche apenas había empezado. No es seguro que el primero que mueve ficha sea quien gana siempre. Se alejó para liarse un porro. El próximo viaje sería para él. Vanessa se agarró a Manon, a no ser que fuera al contrario. Las chicas se reían como gallinas mientras empujaban a Antony, que las abrazaba mientras les susurraba al oído cosas que ellas hacían como que no entendían. Sacudían la cabeza, las caderas. Les brillaban los ojos. La música saturaba el aire a su alrededor, hacía temblar el suelo, les subía por las

piernas —*Want more and more, people just want more and more*—, incluso a Jo. Le temblaban un poco las piernas, pero no habría sabido decir con claridad si le encantaba ese furor o todo lo contrario. Sus ojos pasaban de las góndolas por fin desocupadas a su hermana.

—¿Estás segura de que estás bien?

Se vio obligada a gritar. Céline no respondió, estaba toda blanca, con los ojos dilatados por las luces histéricas. Asintió, con la cabeza agachada, el pelo delante del rostro.

—Nadie te obliga a subir si te encuentras mal —respondió Jo—. No es como si viniéramos a que la misma atracción haga el agosto desde hace diez años.

Aquello hizo reír a Céline, que se inclinó para rascarse una picadura de mosquito que tenía en la pantorrilla. Al enderezarse, sintió que todo le daba vueltas, unos puntitos blancos le alteraron la visión. El sudor le empapaba la nuca, que ya estaba mojada debido al pelo y al inicio del verano; tendría que habérselo recogido. Y entonces el mundo, el ruido, el calor de los motores que subía de la máquina...

—Venga, nos largamos —insistió Jo—. Tienes mala cara.

—Estoy bien, déjame. ¿Te has visto tu jeto?

—Que te den, Céline. En cuanto te montes vas a potarle encima a Enzo, le va a encantar.

—¡¿Qué decís?! —gritó el interesado.

—Nada —respondieron las dos al unísono, sin mirarlo.

La música volvió a sonar, injertada en la araña como si fuera el aullido de una bestia. En bucle, desesperadamente atascada en el botón de *repeat*. Jo pensó que ella era la única que pillaba la ironía de todo aquello.

Se colocaron en las góndolas. Jo se sentó y bajó la barra de seguridad. Siempre ha vivido sola los subidones de adrenalina. Los demás montaron de dos en dos, en parejas risueñas, se cerraron las correas sobre el abdomen y entregaron

sus fichas de plástico a Sauveur, el feriante que lleva la atracción: es el mismo desde que tienen memoria, solo le falta un diente más o densidad capilar. Le guiñó un ojo a Jo; siempre supo reconocer a los raros, los quiere como un hermano.

La araña se sacudió, levantó las patas hacia el cielo. Jo miró hacia abajo: los niños pegaban la cara a las vitrinas donde se apilaban peluches diminutos, intentaban coger un conejo con una pinza, perdían sin remedio. Más allá, el chiringuito y sus vasos esparcidos parecían una fiesta del té para muñecas; sus padres, animalitos.

Freed from desire volvía a sonar aún más fuerte allí arriba.

De repente, aquel bandazo por encima del mundo era impresionante. Jo lo había olvidado. Le habría gustado que sonase otra banda sonora, algo grandioso o profundo en lugar de aquella basura trillada. Aun así, disfrutaba de las vueltas y del temblor de piernas. Se aburrían tanto allí que cualquier emoción fuerte les venía bien. Si se estremecen, es porque no están muertos, atrapados también en el botón de *repeat*. Delante de ella, Céline, pegada a Enzo, aguantaba los sobresaltos de la Tarántula soltando grititos. Jo observaba a su hermana borrosa por la velocidad: un año más, una cabeza hueca, un porte de reina. Dieciséis años que iban a agitar el mundo, rozar el vacío, florecer sin aprender. Volverse aún más guapa que el año anterior y un poco más idiota. Johanna no es especialmente razonable, pero tiene un toque de ese cansancio desesperado que a veces sirve como madurez, aunque se tengan quince años.

De repente, la cabeza de Céline dejó de agitarse y cayó sobre el hombro de Enzo. No se quedó ahí, acurrucada como una enamorada: se echó para atrás, sacudida por la velocidad. Enzo se asustó, intentó recoger el rostro de la chica hacia él. Le sujetaba la nuca como si fuera a romperse, chillaba agitando el brazo que le quedaba libre, igual que todos los

que lo rodeaban. Jo comprendió enseguida que su hermana se había desmayado, pero no gritó. Esperó a que se le pasara, a que la araña terminara su danza enajenada; faltaban un par de minutos, no más. El tiempo siempre parece durar más colgada ahí arriba, pero acabaría tranquilizándose, lo sabía. Imposible disfrutar del vértigo en ese momento. Estaba segura de que esa idiota se iba a marear, lo llevaba escrito en la cara.

Al perder velocidad, las góndolas bajaron despacio hacia el suelo. Una especie de alarma anunció el fin de las sacudidas; por fin los gritos de Enzo alertaron a la gente y un enjambre de personas se precipitó para sacar a Céline de la cápsula de colorines. Sauveur detuvo la música —«Por fin», le dio tiempo de pensar a Jo— y salió de su caseta a toda velocidad. Con un solo grito, hizo que todo el mundo se apartara para acercarse a Céline y darle una buena bofetada, la primera de una larga serie. Sus padres llegaron corriendo, con Patrick y su mujer, avisados por los críos. En cuanto subieron a la atracción, Céline se enderezó por fin, abrió los ojos y se dobló para vomitar en los pies de Enzo. La risilla de Jo marcó el principio de los verdaderos problemas.

—¿Qué le pasa? —preguntó el padre, con la voz suave y anisada, un tanto inquieto.

Céline evitó la mirada del padre. Se había tenido que prohibir pensarlo, fingir durante largas semanas, aplastarse los pechos pesados en un sujetador demasiado prieto. A menos que lo hubiera sabido desde el principio y hubiera fingido, como si aquello pudiera desaparecer simplemente con el hecho de negarse a creerlo. Allí lo entendió por fin, cuando la bilis cálida volvió a su lengua como todos los días desde hacía demasiado tiempo, y ella no fue la única.

—¿No estará embarazada la cría? —soltó la mujer de Patrick.